



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 37.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Los Inocentes.—Una ofrenda á la Santísima Virgen del Amor Hermoso, poesia por Don Antonio Molina Gonzalez.—**El Rey ciego**, leyenda mora, por Don Francisco Jimenez Campaña.

LOS INOCENTES.

I.

Ya redoblan los alegres tambores de Noche-Buena; ya zumban las orondas zambobas, y chirrian ágriamente las chicharras, y hacen insufrible coro destemplados rabeles y estrepitosos panderos y sonajas. Los chicos de la calle van en tropel, cantando á su son y pidiendo aguinaldo de puerta en puerta. Otros, mas afortunados, saltan de alegría y desesperan á sus madres, excitados por las voces de los vendedores, que les muestran sus puestos llenos de abigarrados nacimientos, figuritas de barro, fuentes de cristal, blando musgo y oloroso romero. Agólpanse aquí las criadas, y á gritos regatean frescos besugos, apilados entre hielo sobre blancas mesas

de lustroso mármol; allí un marmiton detiene y alborota desordenada y chilladora haz de bien cebados pavos, que en vano procuran escapar de la mano del verdugo; mas allá los golosos invaden las tiendan, atestadas de encajonados turrones y pintarrajeados mazapanes. Por todas partes arden grandes fogatas, destinadas á templar la alegre velada que comenzará á las doce. Calles y plazas rebosan en gentes, animacion y bullicio. Y dentro de las casas resplandecen los nacimientos, cuajados de lucecitas; y el ruido del almirez, que suena en la cocina, se confunde con el repicar de los tamborcillos y panderetas, y los alegres cantos y alborotados gritos de los niños que saltan y bailan delante del nacimiento.

¡Qué alegre es la Noche-Buena! Es la fiesta de los niños, es la fiesta de los pobres; porque se celebra el nacimiento del Niño Dios, y el Niño Dios no tenia donde reclinar su cabeza. Es la fiesta de los niños, es la fiesta de los pobres, y no hay alegría igual á la alegría de los pobres y los niños.

Cuando yo tenia madre y pasaba con ella, cantando y rezando, la Noche-Buena, pensaba: —¿habrá alguno que esta noche tenga tristeza

Ahora que no tengo madre y me acuerdo de las Noches-Buenas que pasé con ella, digo: ¿es posible pasar esta noche con alegría?

II.

Las gentes van y vienen, entran y salen, y no reparan en un chicuelo descamisado, en una viejecilla llena de andrajos que están acurrucados en el quicio de una puerta.

El chico, que aún no tiene seis años, no sosega. Salta sobre una losa para calentarse los piés, se sopla los dedos amoratados de frío, sacude con ambos brazos el cuerpecillo medio helado. La vieja, que ya pasa de los ochenta, está sentada, inmóvil, con las manos cruzadas, y fijos en el suelo los ojos, que ya no ven.

Cuando el chico se cansa del ejercicio, abrázase á la vieja, y dando diente con diente, la dice con ansia:

—¡Abuelita, tengo hambre!

La viejecilla no responde ni se mueve; pero sus ojos se llenan de lágrimas. El niño se acerca mas á ella, buscando abrigo, y la dice con mucha angustia:

—¡Abuelita, tengo frío!

La viejecilla sigue muda é inmóvil; pero las lágrimas no le caben ya en los ojos y le corren por la cara.

—¿No cenaremos hoy tampoco? pregunta el niño. ¿Dormiremos en la calle como ayer?

La viejecilla calla y llora. Á poco el chicuelo vuelve á decirle:

—Mire Vd., abuelita: aquella señora me ha mirado. Aquellos niños llevan muchos dulces. ¿Quiere Vd. que les pida un ochavito?

La viejecilla, sobresaltada, coje al niño, que ya iba á echar á correr, y le responde:

—No, hijo mio. Si te ve el celador nos prenderán, me separarán de tí....

Y se abraza á su nieto, y le llena de besos y lágrimas.

Una voz estentórea sale del fondo del portal, y dice:

—¿Qué haceis ahí, tunantes? Á ver si dejais libre la puerta.

El niño hace un mohín, y ayuda á levantar á su abuela, que no se puede mover. Van á sentarse en el borde de la acera, y un municipal les grita:

—¡Eh! ¡Largo de ahí! ¡No estorbeis el paso!

El chico le mira de reojo, y metiéndose un dedo en la boca, echa á andar, llevando á su abuela de la mano y sirviéndole de guía.

La viejecilla sigue con trabajo y fatiga á su nieto por donde quiere llevarla. Al chico se le

van los ojos detrás de los que pasan con dulces y comestibles, y no los sabe apartar de los escaparates llenos de turrónes y mazapanes. Y así andan toda la calle, y otra, y otra, á la ventura, y se alejan del centro y llegan á barrios apartados y mas solitarios. Y por todas partes suenan tambores y zambombas; y de todas las casas sale confuso ruido de cantares y voces de regocijo.

III.

—Ya estamos en la plaza donde le gusta á Vd. estar, abuelita, dice el niño.

La viejecilla alza con prontitud la cabeza, como si quisiera ver lo que la rodea; pero sus ojos están ciegos, y otra vez los baja con tristeza resignada.

Delante de ellos se levanta una casa magnífica. Por los balcones del cuarto principal, que no tienen maderas, sale el resplandor de mil bujías que arden en espléndidas arañas; y en las suntuosas cortinas se dibujan las sombras de cien criados que preparan y aderezan opíparo banquete. Por las ventanas de las cocinas, que están al nivel del suelo de la calle, se evapora el perfumado calor de succulenta comida. El chicuelo, hambriento, recorre una por una todas las ventanas, y húsmea, como el perro, la caza; la viejecilla se deja llevar maquinalmente, distraída y llorosa.

Óyese á lo lejos confuso ruido de un coche que se acerca rápidamente, y entra desempedrando la calle, se detiene con estrépito á la puerta de la casa. Baja el lacayo del pescante, abre, sombrero en mano, la portezuela, y baja una señora envuelta en pieles y terciopelos. El chico olfatea el olor que sale de las cocinas, mira á la señora, mira á su abuela, mira á uno y otro lado toda la calle, no ve al celador, y tirando de la viejecilla se acerca á la señora y le pide una limosna.

—Dios te ampare, dice la señora.

—No hemos comido en todo el día, dice el niño.

—Quítate de en medio, dice la señora.

—No tenemos donde dormir, dice el niño.

—¡Oh qué pesado! dice la señora.

Y pasa, haciéndose á un lado para no mancharse con los harapos mugrientos de los pobres. El chicuelo y la viejecilla se apartan, y van á cruzar por delante del coche. Al mismo tiempo el cochero tiende el látigo sobre los caballos, que arrancan. El niño da un grito, tira con fuerza de su abuela, y pasa, sintiendo en su cara el resopido de las caballos. El cochero, irritado por el susto, alza el brazo y descarga furioso latigazo sobre el pobre niño.

El coche se va corriendo; los pobres se quedan llorando; dentro de la casa se oye rumor de alegres voces y ruido de platos y cubiertos; y á lo lejos suenan tambores y zambombas, y cantares, y el ruidoso alboroto de la alegría.

(Concluirá.)

UNA OFRENDA

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN DEL AMOR HERMOSO.

Dedicada en prueba de distinguido aprecio á mi querida prima Carmen Cánovas.

Á ofrecerte yo llego, Madre mía,
La flor de mis amores,
Aunque es pobre, dulcísima María,
Mas que todas las flores.

De cáliz virginal, de grato aroma
Que es de mi amor la esencia:
Tambien te ofrezco, cándida paloma,
La flor de mi existencia.

Bien pobre es en verdad, madre, la ofrenda
Que pongo en tus altares,
Cuando á tus santos piés, de amor en prenda
hay flores á millares.

Mas una prueba darte es mi deseo
De que yo sé quererte,
Y esas únicas prendas que poseo
He venido á ofrecerte.

Yo bien sé que te aclaman cielo y tierra
Reina de la hermosura,
Que en todo cuanto la una y otro encierra
No existe otra mas pura.

Que miles de querubes á porfía
Pulsan arpas de oro,
Y á tu trono se llegan, Vírgen pia,
Cantando en dulce coro.

Que esa luz rutilante que yo veo
En la celeste esfera,
Es la luz que refleja, según creo,
Tu rubia cabellera.

Que esas estrellas que en el cénit miro
Con entusiasmo tanto,
Polvo es que se desprende, y que yo admiro,
De tu celeste manto.

Y que esos cielos do se encierra tanta
Grandeza y maravilla,
Són la alfombra que huellas con tu planta
¡oh Vírgen sin mancilla!

Que todo cuanto Dios tiene creado
Te canta con anhelo:

El arroyo, la flor, la fuente, el prado,
Los ángeles del cielo.

El ruiseñor en la arboleda umbría
Con dulce lengua arpada,
Te entona un himno al despuntar el día
Envuelto en la alborada.

El aura leda que en el bosque gira
Entre el verde ramaje,
Tambien te canta y de placer suspira
Al mover el follaje.

Con su agua trasparente y azulada
El lago y el arroyo,
Al murmurar te cantan; la cascada
Al saltar el escollo.

Te canta la mugiente catarata
Que alza montes de espuma,
Y al descender cual derretida plata
Levanta densa bruma.

La verde ola del mar, con dulce acento
Al morir en la playa
Te canta con amor y sentimiento
Cuando en ella desmaya.

Y el viento que recoge sus suspiros
Canta tu nombre hermoso,
Cuando libre recorre en vagos giros
El espacio anchuroso.

Y flor, ave, cascada, arroyo, fuente,
La mar y el vago viento,
Todo cuanto en el mundo vive y siente
Á tí eleva su acento.

Pues toda la natura engalanada
Con su rico atavío,
Cuya grandeza ante la tuya es nada,
Se rinde á tu alvedrío.

Desde el pequeño y candoroso niño
Hasta el viejo encorvado,
Pronuncian con respeto y con cariño
Tu nombre venerado.

Tú al alma lacerada das consuelo,
Al corazón que gime,
Á todo pecho que en aqueste suelo
Fiero dolor oprime.

Tú eres fuente que dá salud y vida
Dulce esperanza nuestra,
La lumínica estrella, que encendida
Recto camino muestra.

Por eso á tí te llama siempre el hombre
su cariñosa Madre,
Madre te dice, hermoso y puro nombre
Que no hay á quien no cuadre.

El enfermo que lucha en la agonía
Y vé ante sí la muerte,
Al pronunciar tu nombre, Madre mia,
La espera sonriente.

El pobre desvalido, que en el mundo
Ni tiene pan ni abrigo,
Al invocar tu nombre sin segundo
Todo lo halla contigo.

El náufrago infeliz, que en triste hora
Perdió nave y barquilla,
Se acoje á tí cual tabla salvadora
Que lo arriba á la orilla.

La huérfana que triste y desolada
Se vé pobre y desnuda,
Encuentra en tí la Madre idolatrada
Que su virtud escuda.

Por eso no hay mortal que no te aclame
Por su Reina y Señora:
No hay labio que con gusto no te llame
la estrella protectora.

Y siendo tu poder, Virgen María,
Y tu grandeza tanta,
Acojes con amor la ofrenda mia
Oh! Madre sacrosanta.

Madre del puro amor, con fervor santo
Postrado estoy de hinojos
Ante tu altar, recibe el triste llanto
Que vierten hoy mis ojos.

Con él te doy mi amor, te doy mi vida
Y con ella mi alma,
En cambio dá á mi pecho, flor querida,
La paz y dulce calma.

Sé tú la luz hermosa que del cielo
Me señale el camino,
Puesto que és solo el hombre en este suelo
Errante peregrino.

Y si la muerte llega en triste día
Á helar mi pobre frente,
Haz que yo vea en el cielo, Madre mia,
Tu rostro sonriente.

Antonio Molina Gonzalez.

Blanca, 1876.

EL REY CIEGO.

LEYENDA MORA.

(Conclusion).

—Abdalá, dijo la doncella indignada ante la propuesta del anciano; loco te ha vuelto la ira y no adviertes que me estas manchando la frente de cieno, cuando á tales infamias me invitas.

—Pues no dices que quieres mi bien!

—Sí: y porque tu bien quiero jamás te aconsejaré la venganza, ni menos seré parte para que á fin la lleves. Yo vertería hasta la última gota de mi sangre por tu dicha verdadera; pero ni pensamiento de amor pondría en un hombre, aun cuando éste pudiera devolver la luz á tus ojos.

—Kengie! Kengie! yo no te comprendo.

—Ay! si tienes tambien el alma ciega!

—Ciega?

—Sí, ciega para distinguir lo que es infame de lo que es sublime; ciega, porque confundes el error con la verdad; ciega, porque son tinieblas para tí los oficios del mas santo de los amores, que yo nombro caridad; ciega, porque me aconsejas la infamia sin conocerlo, cuando yo vengo á proponerte para tu bien la mas grande heroicidad.

—Y quién soy yo para tí, que tanta dicha traerme quieres?

—Un desventurado doblemente ciego: un infeliz que lo es mas que otros, porque tiene alma grande para soñar venturas, y gigante corazón para amar y aborrecer, sin mano que lo guíe en el amor, y en el odio lo refrene. Y eres mas aun: eres el matador de mi padre.

Kengie dijo las últimas palabras ahogando un suspiro en la garganta, y el Zagal exclamó:

—Kengie, Kengie, tú estás loca y me quieres pegar tu locura. ¡Matador de tu padre yo, y por doquiera me sigues, siendo consuelo mio en mi desdicha! ¿Qué pretendes de mí con esa abnegación que yo no comprendo? ¡Oh! tú preparas dulcemente mi última desventura.

—No; yo te abro camino para tu última felicidad.

—¿Pero quién eres tú?

—Yo no me llamo Kengie (1); con ese nombre me apellidaron los hijos de este suelo, porque á muchos acudí en su infortunio. Yo me llamo María; ya sabes tambien, porque te lo he dicho muchas veces, que mi patria es la tuya. Yo soy de España; mi padre murió á tus manos en combate leal, en el cerco de Baeza. Yo no lo conocí, por-

(1) Kengie significa tesoro en lengua árabe.

que él tenía veinte y un años cuando espiró en defensa de sus reyes, y acababa de contraer matrimonio con mi madre Doña Catalina de Urrea. Yo fui el fruto único de aquellos malogrados amores.

—Sí, sí: tú eres la hija del bizarro jóven Don Juan de Luna; pero por la santa Meca que no das á entender que corre por tus venas la sangre de tan valiente caballero, cuando ya que como mujer no sepultes un puñal en mi pecho, no me aborrece tu corazon y huyes de mi presencia.

—Si varon hubiera nacido, tal vez llevado del espíritu caballeresco, te buscara en el campo de batalla para vengar con la tuya la muerte de mi padre. Pero Dios me crió mujer y á tí te ha puesto ciego, y á tu paso me ha colocado para que mi perdon sea mas grande y tú sientas su benéfica influencia. Oh! yo no tengo madre; há tres años fué muerta delante de mí, y yo traída á estas playas por unos corsarios, dedicada al harem de Muley Hamet; pero tales huellas dejó en mi rostro el llanto, que avergonzados los piratas de su robo, me dieron la libertad. Y desde entonces vago como tú por esta tierra extranjera, donde unos me tienen por loca, y me respetan y socorren, y otros por una especie de hada, y reciben de mis manos los beneficios que les prodigo. Yo no sueño como tú en los placeres de la patria, porque sé que he de despertar con las manos vacías de bienes; pienso en el cielo que se conquista en la tierra por los sufrimientos, y en medio de mi desventura soy feliz. Y mi dicha no se altera con negra realidad, como cuando tú caes de la cumbre de tus recuerdos y sientes tu corazon latir con el fuego de la guerra, y te encuentras sin ojos que te guíen en la lucha.

—Oh! pues yo he de probar que se puede ser feliz cumpliendo una venganza y soñando en los bienes que se poseyeron, como si en realidad, de tal dicha se disfrutara.

—Créeme, Abdalá....

La cristiana fué interrumpida por un hombre que se apareció en la gruta, derribando el ramaje de la entrada.

V.

Abdalá cubrió con el suyo el cuerpo de la doncella, y dijo al intruso con fuerte voz:

—¿Quién osa penetrar así en la morada del rey ciego?

—No te irrites, Zagal, dijo con calma el recién llegado, que era alto, de formas atléticas, mirada de reto, y que apenas llegaria á los treinta años; si es tu hija esa gacela, continuó, yo la respetaré como á mi madre.

—Y si no lo fuere tambien.

—Tambien si tú la amas; pero cálmate, yo vengo á pedirte favor, y no te he de robar el tesoro, que haces bien en guardar con tanta fiereza, porque es de mucha valía.

—¿Y por qué te introduces de esa manera?

—Porque creí estaba la gruta sola y te iba á esperar dentro de ella; no me conviene estar largo tiempo al descubierto.

—¿Quién eres, pues?

—¿Qué importa quien yo sea? Un guerrero que viene á pedirte ayuda.

—¿Al ciego mendigo!

—Á Abdalá el Zagal: tu nombre tiene mas poder que la vara de un mago; tu nombre levantará en armas á las tribus.

—Pero ¿quién eres tú?

—Un elegido del Profeta para vengarte.

—No te encubras delante de mí, dijo la cristiana dirigiéndose al recién llegado. Tú eres uno de los hermanos Jerifes.

—¿Y quién ha dado cuenta á la paloma del nombre del tigre del Atlás?

—Tus mismos labios en el aduar de Ibraim-ben-Alhariz, á quien fuiste á proponer traicion y de donde saliste con vida, porque ya habias sido su huésped y comido la sal de su mesa.

—Por Eblis, gacela, dijo el Jerife con ronca voz; que ni hombre ni mujer han osado nunca hablarme tan sin respeto.

—Porque todos han tenido miedo á la muerte y yo no la temo, cuando quiero evitar que la sangre se derrame.

—Ah! sí, dijo el Zagal con voz misteriosa; yo quiero que corran rios de sangre, y que sus ondas arrastren en su hirviente curso la cabeza del Benimerin. ¿Qué quiere de mí, pues, el vencedor de Marruecos?

—Que me des tu puñal de rey, contestó el Jerife ébrio de placer, para que yo vaya mostrándoselo á los walis contigo desterrados en este suelo, y ellos sigan mi bandera. Dámelo, Abdalá, que yo te juro por Mahoma tornártelo tinto en la sangre del Kalifa.

—Oh! ni el puñal de rey me dejaron; pero toma este cartel que llevó á la espalda, y que me declara rey de los andaluces, y sobre el cual los árabes guerreros que conmigo batallaron, y ahora están aquí proscritos habrán fijado sus miradas, duelo y furor sintiendo en su alma. Diles que el héroe de la Axarquía está humillado y pide venganza; que se apresten á la contienda.

—Oh! El Zagal, el Zagal dijo la cristiana con triste voz, por qué deseas luz en los ojos para luchar, cuando te sobra corazon para aborrecer?

El Jerife lanzó una mirada de hiena á la cris-

tiana, y mostrándole desnudo su puñal le impuso silencio con la siniestra mano.

Y ya se disponía la doncella á contestar, cuando como llovido del cielo, apareció otro nuevo personaje en la gruta.

Era este Aliatar, hijo del famoso alcaide de Loja, que llevó su mismo nombre, y el joven bizarro que vino en busca de Boabdil despues de su encuentro con el ciego Abdalá.

El Jerife se volvió contra él, porque se miró perdido, y se trabó lucha terrible entre los dos.

—Tu boca te ha vendido, miserable, decia Aliatar descargando terribles tajos con su cimitarra, que el Jerife paraba con indecible serenidad.

—Yo taparé con sangre los oidos que me escucharon.

—Muere, chacal cobarde, que buscas los rebaños indefensos.

—Muere tú, el can del redil y deja libre la salida al tigre destructor; rugió el Jerife echando á tierra de un golpe al apuesto Aliatar.

Y huyó de la gruta ocultando entre la ropamorisca el preciado cartel del Zagal.

—Oh! mis ojos, dónde estais, cuando mis oidos sienten los hierros que se chocan, y no sé por quién acudir; murmuraba en un rincon el Zagal acabando de romper de ira su destrozado albornoz.

—Kergie! Kergie! Maríal exclamó cuando el ruido de los aceros, cesó en la gruta, y solo se escuchaba la respiracion fatigosa de Aliatar.

La cristiana no podia responderle: mientras la lucha se habia ausentado.

—Aquí hay un herido que morirá, y á ella me la han robado: muerte y robo en mi gruta. Ah! El Benimerin, el Benimerin, con sangre tuya daré de beber á los lebreles y haré incendio de tu imperio para que el mundo sepa como se venga el Zagal.

Esto dijo Abdalá y queriendo salir de la cueva, cayó abrumado bajo el peso de su misma desesperacion.

Cerrados tenia los ojos del cuerpo, pero se habian abierto á la venganza los del alma, y comenzaba á padecer horriblemente.

Ay! cuán cierto es que solo cuando el pensamiento se tiene fijo en el cielo se posee la verdadera felicidad!

VI.

Y era ya pasada una luna de los hechos referidos.

Arrastrábase el Guadal-Hawit, que trae origen de las mismas cumbres del Atlas, y la voz

sonora de sus ondas parecia llamar á la pelea á dos ejércitos que caminaban respectivamente hácia sus opuestas orillas.

Era uno el mandado por el Kalifa de Fez, Muley Hamet el Benimerin, compuesto de veinte mil caballos, dos mil escopeteros y ballesteros, y doce piezas de artillería. Era el otro acaudillado por los hermanos Jerifes que venian al frente de doce mil ginetes bárbaros, doscientos escopeteros y un peloton de caballeros árabes, vestidos á la usanza de los moros de Granada.

Dierónse vista las dos huestes enemigas junto á un terrible desfiladero llamado el Bab-Cuba por donde solo era vadeable el rio y comenzaron los tiradores á batirse desde las opuestas márgenes con un incesante y nutrido fuego.

Y era ya harto reñida la lucha el tercer dia sin que se obtuviera ventaja por ninguna de las dos partes, cuando de pronto apareció delante del desfiladero el peloton de caballeros árabes, tremolando un estandarte en cuyo campo se veia fijo el rótulo que el Zagal llevaba á la espalda, y que decia: *Este es el rey desventurado de los andaluces* y por bajo habian escrito con segura mano: *Vengüemosle*.

—Príncipe, dijo el Kalifa á un guerrero ya encanecido, pero de apuesto continente: qué gente es aquella que avanza en son de reto? No parecen de las tropas de los Jerifes.

—No, por Alá, contestó el guerrero que no era otro que Boabdil. Son caballeros musulmanes de Granada, desterrados en tú reino y adictos al Zagal; puesto que en el estandarte pareceme que traen fijo el rótulo atrevido que Abdalá llevaba á la espalda; y por Mahoma que hemos de concluir con ellos, si tú has de estar sin riesgo en el trono.

—Con ellos vendrá Aliatar....

—No: Aliatar no es traidor.

—Pues cómo ha desaparecido en los dias del peligro?

—Eso no sé: lo que sé es que donde quiera que estuviere, tendrá vuelta la cara á tu bandera: que no en vano es el hijo del valiente alcaide de Loja.

—Falta me hácia su brazo poderoso ahora al fin de la jornada.

—Al fin?

—Sí, pienso dar término á esta batalla con el paso del rio.

—Eso te iba yo á aconsejar.

—Y tú que piensas, Muley Edosi? dijo el Benimerin á otro guerrero que á su lado estaba, y que á juzgar por lo rico de su traje debia ser persona principal.

—Juzgo, contestó Edris, que esos bárbaros

son incansables, y que conviene atacarlos antes que nuestros soldados desfallezcan y el enemigo lo comprenda.

—Y yo pienso, dijo el jóven príncipe hijo del Kalifa, que convenia vadear el rio por otro punto, y atacar á los Jerifes por dos lados.

—El rio, repuso Muley Edosi, no tiene otra parte vadeable sino esta.

—Pues á pasar el rio, gritó Muley Hamet.

Y ya iba á dar las órdenes oportunas, cuando se le presentó un guerrero pálido, pero de ojos de fuego, que se le puso á los piés.

—Aliatar!

—Aliatar! dijeron el Kalifa y Boabdil reconociéndole.

—Wali, ¿dónde has estado por tanto tiempo escondido? le preguntó el Benimerin con recelo.

—Señor, dijo él; fui herido en la gruta del Zagal por uno de los hermanos Jerifes, al descubrir una conspiracion que se tramaba contra tí. ¿Ves el pendon que tremolan aquellos malhadados caballeros? Pues fijo tiene en su lienzo el cartel que llevaba á la espalda Abdalá; él lo entregó en su gruta al Jerife como señal con que habia de levantar en armas contra tí á todos sus parciales.

—Y quién te dió cuenta de la conspiracion? dijo creciendo en la duda el Benimerin.

—Avisóme Ibrahim-ben-Alhadiz, en cuyo aduar, despues de ser recibido como huésped probó, aunque en vano, á sembrar la semilla de la traicion.

—Y dónde te has curado la herida? preguntó el Benimerin todavia con duda de su lealtad.

—En la gruta del Zagal.

—Aliatar! rugió el Kalifa en el colmo de la desconfianza.

—Señor, dijo este con altivez; yo nada he temido de comun con los traidores; el Zagal fué conducido por sus parciales de Granada, en medio de la hueste enemiga, á quien él ha prestado apoyo con el influjo de su nombre, y no volvió á aparecer por su cueva.

—Y quién te ha comunicado esas noticias?

—La cristiana que me curó; por ella vivo y te puedo presentar mi cimitarra. Largo tiempo estuve sin sentido en la gruta, pero ella tornó al lugar que habia dejado para dar cuenta á tus soldados de la presencia del Jerife en nuestras tierras, y me salvó la vida.

—Supuesto eso, la cristiana vivia con el Zagal?

—Señor, dijo Boabdil indignado de la eterna duda del Benimerin; los leales se prueban en el combate: Á caballo, Aliatar.

Aliatar obedeció y Boabdil siguió diciendo al Kalifa:

—Puesto que hemos de combatir y aquellos caballeros nos insultan con retos y amenazas, séamos Aliatar y yo los primeros en el ataque.

—Sea, dijo el Kalifa considerando que Boabdil no habia de prestar apoyo á los aliados del Zagal.

Y como por encanto el estandarte real vino á las manos de Boabdil que seguido de Aliatar, y de muchos valerosos escuadrones, se lanzó al rio por el vado, arrollando en su primera embestida el peloton de caballeros adictos al Zagal y logrando poner la enseña del Benimerin en lo alto de una cuesta inmediata al rio.

El príncipe de Fez le siguió con la division, que estaba á su cargo; pero los Jerifes repuestos del sobresalto, cargaron con tal denuedo que en breve envolvieron las dos divisiones, y el príncipe, sus escuderos y pages, con cuantos iban en la vanguardia, fueron asesinados. Boabdil revolvía su caballo en medio del peloton de caballeros leales al Zagal, y peleaba con todo el corage, que prestan la indignacion, el odio y la venganza; pugnaba él por arrebatárles el estandarte del atrevido rótulo, y cuando ya habia muerto sobre el caballo de un tajo de su terrible cimitarra al que lo llevaba, é iba á apoderarse de él, fué acometido bárbaramente por uno de los hermanos Jerifes, que de un golpe de maza lo derribó en tierra; y es fama que al espirar, como le vendría á la imaginacion, que acababa la vida en suelo extranjero, lanzó un doloroso gemido, exclamando tristemente:

—¡Ay mi Granada!

Aliatar lo vengó sembrando el estrago entre los fermentidos caballeros; pero desde la muerte del, con verdad llamado Zogoibi, todo fué tropel y desacierto. Las aguas del Guadal-Havoit se tiñeron en sangre, arrastrando hombres y caballos, y cuando el sol se hundió en el horizonte, corrian hácia Fez desordenadas las huestes del Benimerin, perseguidas por los Jerifes.

VII.

Y era la hora en que el alba asoma tiñendo levemente de púrpura y plata las nubes; y en la cumbre del Atlás, próxima al Guadal-Havit, se hallaban conversando con misterio una mujer, dos guerreros y un anciano.

Fijos tenia los ojos el más jóven de los guerreros en el rostro de la doncella, que era asaz hermosa, y parecia que en sus miradas bebien-do estaba la vida.

—Oh! mi cristiana, decia Aliatar, que era el

jóven caballero; por qué has expuesto tu beldad entre esos dos encarnizados ejércitos, que en la hora de la batalla no hubieran respetado tu hermosura?

—Tarde he llegado, Aliatar, repuso la cristiana, que era María, el ángel de la caridad; pero he salvado al Zagal, y curado á este guerrero que estaba á su lado herido sin duda por defenderle.

—Alá te lo premie en su cielo, repuso el guerrero.

El Zagal callaba sumido en el placer de su venganza, y la cristiana continuó:

—Ya estás vengado Abdalá; dime ahora si sientes satisfecho tu corazon, y sinó le acosa ningun otro deseo.

—Sí, siento pena, murmuraba el anciano que en efecto era el Zagal, porque no tengo luz en los ojos para embriagarme en el placer de la venganza.

—Pluguiera á Dios que la tuvieras, porque de tal suerte te habia de horrorizar el aspecto de estos montes cubiertos de cadáveres, y las aguas del rio que aún llevan sangre, que vendria el arrepentimiento á tu corazon por haber sido parte en tan lamentable extrago.

—Ah!, sí; decia el mas viejo de los dos guerreros; de todos tus leales desterrados en estos reinos, solo te resto yo; los otros perecieron á manos de Boabdil y de Aliatar.

—Mira, Abdalá, decia la cristiana; para que han querido tu apcayo los Jerifes? conseguido han la victoria y en la alegría de su triunfo, te han abandonado en el campo de la pelea.

—Pero me han vengado; yo sé que el cadáver de Boabdil ha sido arrebatado por la corriente del rio, y que el príncipe de Fez ha muerto en la contienda; Oh! justo Alá, justo Alá! tú has cegado al Kalifa Benimerin; porque un rayo de tu justicia ha hecho fenecer á su hijo que era la lumbré de sus ojos. Alá!! Alá!! justo y grande, yo no creeré en tu justicia; si no das vista á mis ojos, para que vean llevada á término mi venganza.

Al pronunciar las últimas palabras el Zagal estaba horrible y puso miedo en el ánimo de los circunstantes; lívido el rostro é hinchadas las venas de la frente, espuma arrojaba su boca, y las manos tenia levantadas al cielo en son de amenaza.

De pronto se llevó las manos á los ojos y exclamó: luz! luz!! yo veo!!! y sin acordarse de dar gracias al cielo por aquella merced sobrenatural, corrió hácia una roca exclamando,—veremos el extrago—y como el avaro que contempla su tesoro, el Zagal miró los muertos sol-

dados de Fez que estaban cubriendo las márgenes del rio.

En esto el sol apareció en el horizonte inundando la tierra con su luz; el Zagal levantó los ojos de las orillas del rio, y allá muy lejos, muy lejos divisó el Mulhacen cubierto de nieve, y reflejando los rayos del sol.

—Ah! exclamó lanzando un suspiro de amargura; aquella es mi patria; es la *Sierra Nevada*, á su lado se extiende la poética vega, testigo de mis hazañas; delante se alza la Alhambra soberbia y magestuosa; Granada está allí; allí está mi patria; y yo piso la tierra extranjera y la vida se me acaba.... maldita sea mi venganza.

Y el cuerpo del Zagal se agitó en una terrible convulsion y cayó inerte sobre las rocas.

Dios habia llevado á cabo aquel milagro para hacer mas terrible su justicia.

María, Aliatar y el otro guerrero corrieron para salvarle; pero ya era tarde el cuerpo del Zagal al caer se habia resbalado y hundido en un abismo.

Aliatar, tocado en el alma por el dedo de Dios en aquellos supremos instantes, cogió á María de una mano é hincadas las rodillas en tierra exclamó:

—Por el sol que brilla encima de aquellas sierras de nieve que son las de nuestra patria; por la justicia de Alá, que acaba de lanzar sus rayos en nuestra presencia, te juro que yo creo en tu religion, y quiero ser cristiano; vámonos á España, allí recibiré el bautismo y seré tu esposo, si me amas, como yo te quiero.

—Sea, dijo la cristiana, alegrándose de todo corazon, porque veia conquistada un alma para el cielo, y se miraba querida por Aliatar á quien ella amaba en silencio.

Y se retiraron de aquel lugar mirando con pena la síma por donde se habia hundido el cadáver del Zagal.

El otro guerrero quedóse contemplando con lágrimas en los ojos la *Sierra Nevada*, trás de la que se ostentaba una ciudad que fué su patria, y en donde ahora bullia un pueblo con diversas creencias que las suyas.

De entonces quedóle á aquel lugar por nombre *la cumbre del Rey ciego*, y á él acuden los árabes á contemplar con duelo en el corazon, y envidia en el alma, la blanca sierra, gigante de nieve que vela el sueño de la ciudad, hermosa sultana, á la fe de Jesús convertida.

Francisco Jimenez Campana.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.